

El Pacifismo y La Intelligentsia durante La “guerra de treinta años” (1914-1945)

Por D. A. MARTIN

Escuela Londinense de Economía y Ciencia Política. Colaboración especial para la *Revista Mexicana de Sociología*, vertida del inglés por Oscar Uribe Villegas.

La secuela de nuestra presentación es como sigue. En primer término, se trata del problema de definir el término *intelligentsia* y de elaborar ciertos tipos de desarrollo que caracterizan a los intelectuales. En seguida se hace un amplio delineado histórico respecto del pacifismo durante el periodo de la “guerra de treinta años” 1914-1945. Después, se hace una presentación más detallada de los dos componentes clave en el complejo de las ideas pacifistas a los que se les ha denominado “anarquismo romántico” y “anarquismo racionalista”. Finalmente, se hacen algunos comentarios a modo de interpretación.

La intelligentsia. De modo muy amplio, el término *intelligentsia* puede referirse a una cierta variedad de agrupamientos sociales, separados de la producción, de la administración y del poder, cuya preocupación principal radica en el estudio académico, en la investigación crítica o en la actividad creadora de varias clases. De la actividad creadora posiblemente se desearía excluir a aquellos artistas, escritores y músicos que no sólo producen para un mercado, sino que subordinan su actividad al mercado. El ingreso a la *intelligentsia*, sea que el escritor sea artista o intelectual depende de que considere su propia actividad como algo que, al menos en parte, tiene valor por sí mismo, independientemente de las demandas y las órdenes corrientes. De este modo, es posible que gente de gran inteligencia quede excluida del estrato intelectual, en cuanto aplica esa inteligencia en forma puramente manipulativa, al comercio, a la adminis-

tración o a la ciencia y a la tecnología aplicadas. Donde no hay libertad, no puede haber *intelligentsia*: sólo existen ahí burócratas y tecnócratas.

Claro está que hay casos intermedios que producen dificultad. No es siempre fácil distinguir entre quienes ejercen un poder responsable, quienes están empeñados en actividades orientadas a la satisfacción de requerimientos sociales básicos, y quienes concentran su trabajo en el pensamiento y en la creación de por sí. Los Webb, por ejemplo, fueron miembros de la *intelligentsia* en el grado en que su trabajo fue crítico, de carácter consultivo o conciliar, y en cuanto estaba motivado en forma personal en vez de estar sujeto a los procesos normales de gobierno.

Para el intelectual y para el artista, la verdad es un fin en sí mismo. Esto no significa que, como en el caso de Lord Acton, el conocimiento se busque puramente por el conocimiento mismo, sino que posee posición por derecho propio e independientemente de que sea o no necesario, útil o apreciado. Si se le entiende así, el intelectual pertenece a un orden contemplativo y es su afiliación dentro de dicho orden lo que constituye tanto su fuerza como su flaqueza. En su esfuerzo por lograr la objetividad, concibe su papel como el que es propio del observador participante, siendo así que no es él, por completo, ni participe ni observador.

Por lo que se refiere a la observación, el intelectual siempre es, también, participe. Esto es cierto incluso dentro de las ciencias naturales "objetivas" en el grado en que se impone un patrón conceptual al flujo de la existencia. Pero, en la esfera de las ciencias culturales, el intelectual produce marcos de interpretación en los que el elemento subjetivo es mucho mayor. En historia y en sociología, por ejemplo, lo subjetivo tan sólo se encuentra "limitado" por lo objetivo, con lo cual se concede un juego considerable a factores derivados de la psicología personal, de la experiencia y del interés sociales. En otras palabras, la forma de un marco intelectual dado, deriva en parte de la participación personal. Más aún, no hay transferencia de objetividad cuando un trabajador intelectual del campo de las ciencias naturales entra al terreno de las ciencias culturales. En realidad, su experiencia científica puede resultar una barrera para su comprensión.

Por lo que se refiere a la participación, el intelectual permanece siempre, en parte, como observador, y es este apartamiento parcial suyo lo que en realidad vicia su comprensión de los procesos sociales. En su aproximación a los procesos sociales —y más especialmente a los de la política y la religión— el intelectual se parece al sacerdote célebre colocado en una oficina de orientación matrimonial, que es más objetivo que quienes participan realmente en la situación, pero que tiene menos

experiencia de ella. La cohesión social y la acción social implican crudeza de formulación, limitación de perspectiva y mecanismos grupales de uniformidad relativa que, en forma muy considerable, no congenian con el intelectual. Como individuo crítico, éste posee un refinamiento en el pensar, una variabilidad de perspectiva y una libertad de acción no abiertos al grupo. De este modo, su posición misma como observador relativamente objetivo es fuente de malentendidos en cuanto analiza los procesos sociales —particularmente los de la religión y la política— en términos de presupuestos que corresponden únicamente a su posición especial dentro de la sociedad. Esta actividad es, por supuesto, de máxima importancia —en este respecto— para cualquier sociedad libre, pero, con todo, es importante reconocer que las perspectivas del intelectual en relación con la política son, en parte, utópicas y que, por lo mismo, son incapaces de ser universalizadas en cuanto bases de acción social.

Esta posición especial del intelectual en cuanto observador que es también partícipe y en cuanto participante que es también observador, da por resultado una tensión creadora con otros tipos de posición social. Separado como está del poder, de la producción y de los requerimientos más restrictivos de la cohesión social, el intelectual entra en conflicto con quienes no se encuentran apartados de todo esto. El hombre intelectual está separado del hombre que trabaja, del hombre que comercia, del hombre político, del hombre que administra y del hombre religioso. En lo que se refiere a la tensión entre el hombre intelectual y el comerciante, ésta se exagera a causa de las recompensas diferenciales de estos dos estratos. Los políticos y los sacerdotes son, de modo parecido, objetos de crítica porque se encuentran completamente ligados al sistema de cohesión social.

Al denigrar el papel de los demás, el intelectual exalta la importancia de su propio papel, exagerando el grado en que produce un impacto sobre la sociedad en general. Moldea la forma de la realidad en términos de su propia actividad especial, sea ésta la lógica de la razón abstracta, la manipulación de palabras o la conformación de materiales dramáticos y plásticos. La realidad es concebida, con mucha facilidad, como algo que se pliega a su visión privada: la palabra es la fuente del poder.

El análisis que antecede, en términos de distorsiones de puntos de vista, perspectivas utópicas, tensiones sociales y exageraciones de papeles, vinculados a lo anterior, tiene ciertas implicaciones respecto de las afiliaciones políticas y religiosas de los intelectuales tan pronto como éstos adquieren conciencia de sí. Sin embargo, nos preocuparemos aquí, únicamente, de dos tipos de implicación: el pacifista y el marxista, y lo haremos en co-

nexión con las circunstancias particulares de la *intelligentsia* británica en la primera mitad del siglo veinte.

La *intelligentsia* es un producto tardío de la división del trabajo, y el que haya llegado a tomar conciencia de sí es, por lo mismo, un acontecimiento reciente. Una vez lograda ésta, surge una crisis de identidad política que se realiza en condiciones peculiarmente difíciles. Por una parte, la *intelligentsia* se encuentra ya, parcialmente, enajenada de la sociedad capitalista. Rechaza los valores pecuniarios de las clases comerciales y compara las opiniones del administrador y de los políticos, de modo desfavorable, con su propia perspectiva utópica. Por otra parte, se encuentra confrontada con la mundivisión dominante del proletariado que parece demandar una decisión que esté ya en favor o ya en contra de la sociedad capitalista. Enfrentado a esta demanda, el intelectual se ve debilitado por su culpabilidad en cuanto a su asociación con las clases medias burguesas y en cuanto al grado de privilegio que se asocia con sus actividades especiales. Más aún, puede llegar a creer que, bajo el comunismo, una disminución en la libertad del intelectual podría quedar compensada con una valoración más alta de la *intelligentsia*.

Hay gran variedad de reacciones posibles ante tal crisis. Pero, secciones importantes de la *intelligentsia* toman las sendas del apartamiento y del activismo revolucionario. Cuando opta por la última alternativa, el proletariado se convierte en el incorporador de la perspectiva utópica, el vehículo viviente de la razón y de la verdad. El intelectual no se preocupa ya por la verdad individual "abstracta", porque ha descubierto una verdad incorporada, revalidada en la acción. Al haber encontrado que la "palabra" en sí es parcialmente impotente, se deleita en descubrir en el proletariado un medio por el cual su "palabra" puede adquirir potencia. Sus sentimientos de culpa le permiten invertir —con un escalofrío de gozo masoquista— todas sus actitudes previas. La libertad de contemplación es, ahora, una ilusión, y el intelectual es un charlatán. Los esnobismos intelectuales se invierten, de modo que el trabajador es el amo, y el hombre de inteligencia su exaltado servidor. En caso dado, puede descubrir, por supuesto, que la acción no es garantía de verdad, pero, por el momento se encuentra mesmerizado, hipnotizado por el contacto entre sus estudios y la "vida". Fuera de tal contacto, nada es real, nada es fuerte, nada es sagrado.

La alternativa se encuentra en el apartamiento. El intelectual puede sostener que la verdad es la verdad, por completo, aparte de la acción. La palabra se auto-valida. Mientras que el marxista ha encontrado un nuevo objeto de apego social en la clase trabajadora internacional y en

Rusia, el pacifismo sólo tiene Utopía. En el supuesto de que esté en lo correcto, el mundo se conformará a sus propios deseos.

Resumen Histórico. La historia real del movimiento pacifista (en cuanto distinto del movimiento de paz) puede esquematizarse muy brevemente. La mayor dificultad se relaciona con la distinción entre quienes fueron casi pacifistas o quienes opusieron objeciones únicamente a ciertas guerras y quienes rechazaron la guerra como tal. Existe también el problema de la gente que deseaba insistir simplemente en el derecho del individuo para decidir si la guerra merecía o no su participación. En forma muy amplia, se tiene la impresión de que, en cuanto a los intelectuales, el periodo de la primera guerra mundial produjo objeciones principalmente en términos de la doctrina pacífica; objeciones ante la conscripción y afirmaciones del derecho de juzgar privadamente. Fue entre las dos guerras cuando llegó a prevalacer, en mayor grado, el pacifismo.

Las objeciones intelectuales ante la primera guerra mundial fueron de tono racionalista; se teñían de esteticismo y ocasionalmente de hedonismo. Debe recordarse que los grupos a los que nos referimos se veían influidos en cierto grado por las doctrinas de Moore, quien consideraba que la moralidad tenía que ocuparse del logro de ciertos estados mentales. Quienes se inclinaron hacia el racionalismo, permanecieron en contacto con la política "liberal" tanto durante la guerra como después de ella, mientras que los estetas y los hedonistas se inclinaban por permanecer apolíticos. Racionalistas como Russell y Clifford Allen se asociaron activamente con el Partido Laborista Independiente, mientras que un hedonista como David Garnett se preocupaba mucho menos directamente de los asuntos políticos.

Los centros de oposición intelectual frente a la guerra fueron Cambridge y Bloomsbury. En torno de estos dos sitios se reunieron varios grupos que comprendían a muchas de entre las más brillantes mentes contemporáneas. Virginia Woolf, Lowes Dickinson, los Stracheys, Keynes, Duncan Grant, los Huxley, Clive Bell, Roger Fry, Middleton Murry, Kathleen Mansfield, los Lawrence y el Honorable Bertrand Russel. Estas gentes estaban vinculadas entre sí, dentro de capillas literarias e intelectuales. En particular, entraban en contacto, unos con otros, en los hogares de Lady Ottoline Morell en la Plaza Bedford y en Garsington, en las afueras de Cambridge. Un vocero para sus opiniones se los proporcionaba el *Magazine* de Cambridge, editado por Dorothy Buxton. Las organizaciones en las que trabajaban incluían el Consejo en pro de las Libertades Civiles y la Asociación contra la Conscripción.

En términos muy amplios, creían que la guerra es irracional y ruinosa y que la conscripción es una afrenta para la responsabilidad individual.

Keynes, por ejemplo, sostenía que le correspondía a él, en lo personal, decidir el carácter moral de la guerra. Los asistentes habituales de Blomsbury sentían desprecio por los políticos y señores de la prensa y era el suyo un desprecio que no se preocupaban por ocultar, en particular durante sus diversas apariciones ante juzgados y tribunales. Sus martirios resultaban aligerados por estos sentimientos de superioridad; sentimientos que D. H. Lawrence notaba con cierto disgusto. Ninguno de ellos objetaban la guerra sobre bases religiosas. En realidad, contrastaban de un modo tajante como un cristiano de clase media como Stephen Hobhouse que se había empeñado en hacer labor en los barrios bajos del Extremo Este antes de la guerra y que se presentó ante su tribunal tanto como creyente como en cuanto abogado del socialismo internacional.

Clive Belle, el ("eminente") crítico de arte, habló en favor de algunas de sus opiniones en *Peace at Once* (1916) en donde pedía una paz negociada tan pronto como fuese posible y en donde se señalaba que la guerra estaba arruinando a todos. La guerra se consideraba como falta de Grey, quien se había dejado embrollar por las conspiraciones eslavas en contra de Austria y las ambiciones francesas de recuperación de Alsacia-Lorena. Había muy poco sentimiento favorable a Alemania, pero también había una falta de inclinación muy fuerte en cuanto a sacrificar fuera lo que fuese para sacar a flote el imperio ruso. Una vez que se produjera una paralización en el frente occidental sería tiempo de hacer la paz. Continuar la guerra sólo podía significar una militarización de Inglaterra.

La paz de 1919 no sólo produjo la protesta clásica de Keynes, sino que desilusionó profundamente a quienes se veían a sí mismos en lucha en pro de un mundo mejor. Herbert Read habla del malestar provocado por la hipocresía de los estadistas y de la indiferencia que éstos mostraron ante las esperanzas de los soldados que regresaban.¹ Algunos de los desilusionados, como Vera Brittain, se pusieron a trabajar por la Unión de la Liga de las Naciones; otros se volvieron hacia diversas vocaciones, cuyos rumbos tomaron: la crítica de arte y la crítica dramática, la poesía, la redacción de novelas. Sin embargo, el disgusto frente a la guerra parece haber quedado adormecido hasta que la historia de la tercera década hubo mostrado que al desarme de Alemania no iban a subseguirlo un desarme aliado o un mundo mejor para todos.

Como señala Victor Gollancz, los problemas de la guerra y de la paz "no resultaron muy obstructivos" durante esta década.² Sin embargo, la aparición del *Journey's End* de R. C. Sheriff en 1929 pareció actuar

¹ H. Read. *Poetry and Anarchism*. London, 1938, p. 43.

² V. Gollancz. *More for Timothy*, London, 1953, p. 350.

como detonador en la explosión de toda una serie de piezas teatrales, novelas, libros y películas cuyo tema era lo lastimoso, el despilfarro de la guerra. En vena ligeramente distinta, *Death of a Hero* por Richard Aldington (1928) y *Goodbye to all That* por Robert Graves (1929) expresaron también un sentimiento de cinismo agudo acerca de la forma inglesa de vivir. En realidad, la desilución ante las posibilidades de acción política parece que llegó a extenderse mucho. Eric Gill, por ejemplo, en su autobiografía, dice que mientras la guerra actual no había constituido "preocupación para él" por aquel entonces, sentía ahora un profundo disgusto con toda la atmósfera política.

Las producciones literarias, hacia fines de la tercera década, se pueden considerar, principalmente, como una reacción psicológica retardada entre quienes habían peleado y sufrido durante la guerra. Con todo, aproximadamente hacia 1933, esta corriente de sentimientos se unió con otra corriente fresca, que también reconocía que lo que había ocurrido en 1914 era un prospecto para el muy cercano futuro. La segunda oleada de sentimientos pacifistas contenía un componente religioso considerablemente más amplio que en la primera guerra mundial. Beverly Nichols, por ejemplo, expresaba su pacifismo dentro del marco de referencia de un rechazo cristiano de la guerra, aun cuando se tiene la impresión de que en número creciente eran cristianos porque eran pacifistas en vez de que ocurriese exactamente lo contrario. No todas las influencias eran cristianas. El pacifismo encontró refugio en ajustes más radicalmente religiosos que los de la cristiandad. Aldous Huxley estaba interesado en formas orientales de misticismo y en las doctrinas de la *ahimsa*, o "no-violencia". Parte de este interés derivaba de las campañas de Gandhi en la India y de la prominencia que entonces tenía el problema de la India. Una popularización influyente de la *ahimsa* apareció en *The Power of Non-Violence* (1934) de R. B. Gregg. Otro libro de amplia influencia fue *The Conquest of Violence* escrito por el anarquista holandés B. de Ligt.

Estas agitaciones incoordinadas se juntaron en la Peace Pladge Union, formada a iniciativa de Canon Sheppard hacia fines de 1934. Los distinguidos patrocinadores de esta unión abarcaban desde los representantes de la conciencia no conformista, como los Drs. Donall Soper y Maude Royden, hasta Lord Ponsonby y Bertrand Russell. Su primer secretario fue el místico cristiano Max Plowman.

La Unión formó una especie de organización análoga del "Left Book Club" con el que se trasladó en parte, a pesar de que las dos organizaciones sostenían opiniones muy diferentes sobre las condiciones necesarias para la paz. A los ojos del principal patrocinador del "Left Book Club",

Victor Gollancz, los objetivos de su organización incluían la paz justa tanto como la lucha contra el fascismo, pero la tendencia era en el sentido de que los grupos locales se convirtieran en células proto-comunistas. En tanto que la PPU preguntaba, a través de Aldous Huxley, “¿Qué van a hacer acerca de esto?”, el Left Book Club respondía, a través de C. Day Lewis, “No vamos a hacer nada”. La política de la primera incluía una protesta en contra del rearme británico, un rechazo en cuanto a participar en las precauciones frente a las incursiones aéreas, y proposiciones para la reconstrucción de la Liga, en la que debería de haber un tribunal de equidad y no una provisión de sanciones. En su cúspide, hacia 1937, la afiliación se aproximaba a los 150 000.

En común con el marxismo, el movimiento pacifista tenía una influencia muy particular en las universidades. El famoso debate de la Unión de Oxford era indicador de un sentimiento pacifista incluso aunque la moción para rechazar la lucha en pro del Rey y del País no fuese necesariamente pacifista. Quizá debería recordar también que la unión no era necesariamente representativa. El pacifismo estudiantil llegó a un climax con la elección de “Dick” Sheppard como rector de la Universidad de Glasgow en 1937.

Sheppard murió casi inmediatamente después y, tras ello, Middleton Murry se convirtió en la columna principal de la Unión. Murry había hecho subseguir su conversión al Marxismo, señalada en *The Necessity of Communism*, por una conversión al pacifismo, indicada en *The Necessity of Pacifism*. Cuando sobrevino la guerra, Murry se quedó con la Unión, como editor de *Peace News*. Al hacerlo tenía la difícil tarea de conciliar una amplia variedad de opiniones pacifistas. Más aún, de los patrocinadores intelectuales originales, sólo quedaban unos cuantos, entre quienes se contaban Lawrence Housman, Canon Raven, Alex Wood y Max Plowman.

La posición del pacifista en tiempo de guerra estaba rodeada de dificultades peculiares. Por una parte, las variedades, matices y grados de pacifismo hacían que resultara casi imposible cualquier política unificada por encima del denominador común de la paz. Más aún, no era fácil encontrar el “equivalente moral de la guerra” en tanto que la lucha se estaba desarrollando. Algunos pacifistas resolvieron el problema al tomar trabajo en tierra, al convertirse en auxiliares médicos, en bomberos, en vigilantes o al someterse a experimentos médicos. Quienes objetaban de modo absoluto, encontraron que el problema se les resolvía, en ocasiones, a través de su aprehensión. Otros, que veían alguna fuerza en los argu-

mentos referentes a la obligación nacional, pudieron unirse a los Cuerpos No-Combatientes.

Un problema principal giraba en torno de la obtención de un foco de identificación. Una vez confrontados por compañeros pacifistas, quienes objetaban conscientemente, en algunas ocasiones, se encontraron desprovistos de un vehículo de identificación grupal. Era desalentadoramente fácil llegar a convertirse en el análogo de aquellos marxistas que transferían su patriotismo a la Unión Soviética, excepto que los pacifistas tendían a transferir sus sentimientos de identidad al enemigo. La fuente principal de la guerra tenía que encontrarse en las decisiones políticas de su propio país. Los males del régimen hitlerista tenían que minimizarse. Muchos pacifistas rehusaban creer en la tragedia de los judíos, muy comprensiblemente en vista de la suerte que suele correr la verdad en tiempo de guerra. Una consecuencia de estas dificultades psicológicas consistía en la posibilidad de un vuelco violento. Un pacifista podía renunciar, súbitamente, a su posición, y asumir un trabajo de combatiente que implicara el máximo peligro.

Claro que muchas de las críticas pacifistas tenían razón. Las potencias aliadas no estaban libres de culpa, y la propaganda nunca bajó de tendenciosa. También era cierto que Gran Bretaña no era un caballero vestido de brillante armadura, sino un defensor de su propio interés. Más aún, en cierto nivel, Alemania y Gran Bretaña se encontraban implicadas, conjuntamente, en los males de la guerra y de la paz. Pero, los pacifistas llegaban a la conclusión de que estas consideraciones obliteraban las referentes al bien y al mal relativos, basados en las posibilidades electivas de que por el momento se disponía en la realidad.

Los absolutistas, frecuentemente consideraban su posición como un "testimonio" en contra de la deshumanización que apareja la guerra moderna. Ésta era viable en términos del concepto de orden, pero no sobre la base de una ética universal. Otros absolutistas creían en un desarme total unilateral.

Muchos pacifistas consideraban esto como una proposición fútil en tiempo de guerra, y deseaban elaborar una decisión que políticamente fuese más relevante. El resultado era paradójico. Los absolutistas eran capaces de ser igualmente absolutos en su actitud hacia Hitler, en tanto que los relativistas se ocupaban de buscar vías para una paz por acomodación. En este respecto, se hizo algún intento para distinguir entre medidas defensivas necesarias y políticas provocadoras como el bloqueo económico. Había como subrayante la esperanza de que el gobierno alemán pudiera sufrir por sí mismo un cierto colapso, siempre y cuando no se le atacara.

Si se suponía, por ejemplo, que la hegemonía alemana en Europa llegara a ser reconocida como tal, los males del hitlerismo podrían empezar a evaporarse.

Estas dificultades psicológicas y la variedad de posiciones posibles, aseguraban el que el movimiento pacifista emergería de la guerra, débil, maltrecho, dividido.

Anarcas de la Imaginación. Hasta el período de la gran depresión, la ideología característica de los intelectuales enajenados era un anarquismo ya de la imaginación, ya del intelecto.

El anarquismo romántico (en términos de un retorno a la naturaleza, a la espontaneidad y a la vida pequeño-grupal) es una ideología distintiva de la clase media. Su base es, fundamentalmente, individualista. Cuando se examinan las excepciones a esta afirmación, se encuentra que en realidad abarcan un complejo de ideas más bien distinto. El anarquismo rural en Francia y en España, por ejemplo, es una forma de comunismo en pequeña escala, mientras que el anarco-sindicalismo en Francia y otras partes parecía más próximo al estado corporativo que a cualquier recuperación imaginativa de la espontaneidad en el marco rural. El verdadero anarquismo romántico de la clase media es, en términos muy amplios, de dos clases: existe el liberalismo extremo del pequeño burgués, que surge cuando su libertad se encuentra amenazada durante las últimas etapas del capitalismo, y existe el intento de recobrar la libertad individual "real" dentro de una comunidad que carezca de cualquier estructura de autoridad. Del primero, se pueden encontrar algunos de los ejemplos más interesantes en América. Pero es del último —tal y como ha proliferado en el marco inglés— del que nos ocuparemos en forma principal. Sin embargo, el primer tipo es importante en cuanto fuente ideológica de la técnica de la desobediencia civil.³

Ninguna variedad del anarquismo tiene conexión necesaria con el pacifismo. Proudhon, por ejemplo, escribió una célebre defensa de la guerra. Clásico principal del anarco-sindicalismo fue el libro de Sorel *Reflexiones sobre la violencia*. Bakunin postuló la necesidad de una destrucción total, previa a cualquier posibilidad de reconstrucción también total. Este tipo de anarquismo fue el que proporcionó el estereotipo que sobre la actividad anarquista de la última parte del siglo XIX se puede encontrar ejemplificado por *The Secret Agent* de Conrad. Ni siquiera los anarquistas románticos adoptaron un enfoque pacifista. Ni William Morris ni Edward Carpenter se inclinaban a rechazar la posibilidad de la violencia.

³ Véase, por ejemplo, C. A. Madison, *Anarchism in the United States*, en el *Journal of the History of Ideas*, vol. VI, núm. 1, enero, 1945.

Al mismo tiempo, los anarquistas románticos ya no se identificaban con la política de la democracia liberal, que consideraban estaba comprometida y corrompida sin esperanza de redención. En el mismo grado en que lo creían no deseaban verse envueltos en guerras instigadas por los políticos libero-demócratas. Más aún, la comunidad anarquista, una vez lograda, sería inevitablemente pacífica en su actitud. De este modo, el pacifismo se cubría con los flecos del anarquismo, incluso antes de la primera guerra mundial; más particularmente, en el movimiento de Hermandad o Fraternidad, que se basaba en los ideales de Tolstoi. Pero, sólo cuando la primera guerra mundial y sus secuelas hicieron crucial el problema de la violencia, los anarquistas tendieron a dividirse en quienes de plano rechazaban el anarquismo y quienes aceptaban la violencia sobre bases marxistas y para los fines revolucionarios del proletariado. Así, en el grado en que el anarquismo sobrevivió en el periodo interbélico, lo hizo, en medida considerable, como componente de gran importancia dentro del movimiento pacifista.

El rasgo central del anarquismo romántico se encontraba en la nostalgia por la "comunidad". El intelectual y el bohemio deseaban verse sumergidos en la *Gemeinschaft* del pequeño grupo. Sin embargo, seguían siendo individualistas, y las pocas comunidades que llegaron a crearse artificialmente, estuvieron sujetas a continuas escisiones. Miffleton Murry describió a los miembros rebeldes de su colectividad agrícola como *communiters* o "comuniteros". Cada individuo esperaba de la comunidad anarquista algo diferente y, cuando no lo conseguían todos ellos, resultaba de ahí un desacuerdo y la aparición del faccionalismo. La historia de casi todas esas aventuras es historia de altas esperanzas subseguidas, en tres o cuatro años, por la desilusión.

El espíritu comunitario era regresivo más bien que revolucionario, a pesar de que inspiró un volumen considerable de pensamiento, que constituyó un prólogo para la sociología. Sus principales brotes positivos han sido la aldea industrial, la ciudad-jardín y el nuevo poblado. El impulso puede remontarse a Wordsworth y a Coleridge, pero quizás sea su fuente más inmediata Ruskin cuya guilda de St. George es sintomática de un tinte persistente de medievalismo. El mismo William Morris se sintió atraído, desde temprano, por el movimiento anglo-católico y por el sacerdocio, en tanto que Edward Carpenter fue cura por un periodo, bajo el socialista cristiano F. D. Maurice.

En el libro de Carpenter, *Civilisation: Its cause and cure* (1889) se encuentra una fuente arquetípica de las ideas que dotaron al Partido Laborista de un atractivo fatal para todos los que fueron denominados por

George Orwell con los nombres de “bebedores de jugo de frutas”, “nudistas”, “usuarios de sendales”, “sexomaniacos” y “locos de la cura naturista”. Otra fuente arquetípica puede localizarse en Conrad Noel, sacerdote anglo-católico que combinó un medievalismo colorido con un socialismo radical. Sin embargo, es interesante señalar que Noel no era un pacifista sino un creyente en la caballería.

La afiliación del anarquismo a la noción de “fuerza moral” se presenta más tarde. En la cuarta década del siglo xx, surge un interés creciente por la no-violencia en cuanto táctica política. La influencia principal es, aquí, la de Gandhi, quien, de hecho, fue muy influido a su vez, por Ruskin y por Thoreau. Fue este último quien proporcionó a Gandhi las nociones de resistencia no-violenta y de desobediencia civil. Estas ideas infiltraron de nuevo la cultura occidental a través del ejemplo del dirigente hindú, en buena parte gracias a la antipatía hacia el imperialismo británico.

La preferencia general por las guildas, por lo comunitario, lo católico y lo rural era la contrapartida del fuerte disgusto ante el protestantismo, particularmente en su variedad calvinista. Lecturas a medio-digerir de la obra de R. H. Tawney llevaron a asimilar el calvinismo con el capitalismo y condujeron hacia el odio por el racionalismo característico de ambos. Parecía que todos los males de la cultura contemporánea se debieran a una combinación de puritanismo y empresa capitalista. Los capitalistas habían enajenado al trabajador de su producto y habían destruido la armonía estética de su ambiente. Al hacerlo, habían sido servidores suyos los puritanos.

El rechazo del protestantismo es evidente, en particular, en las nociones anarquistas de la educación progresiva. La educación debería basarse no en las nociones de entrenamiento y disciplina, sino en la vida real. Si la vida podía reafirmarse y se podía restaurar el libre juego de la naturaleza sensual del hombre, las neurosis del pecado y la culpa podían desvanecerse de la conciencia. Si al niño se le colocara dentro de un ambiente natural, podría volver a ganarse una armonía perdida. En esta forma, sería posible remover, desde el principio, las raíces psicológicas de la guerra y de la agresión.

Un movimiento que ilustra perfectamente las nociones corrientes de educación progresiva dentro del contexto de las ideas anarquistas es “la Orden de la Caballería Silvícola” (“The Order of Woodcraft Chivalry”) fundada por Ernest Westlake en 1916.⁴ Los afiliados de la orden estaban divididos en los Sabios o *Witanas* (término del anglosajón), los caminantes,

⁴ E. Westlake: *Woodcraft Chivalry. Aims Ideals and Methods*, en el *Woodcraft Way*. Serie núm. 3. Publicado por vez primera en 1917 y disponible en la Friend's House. Euston Road. London.

los vigilantes de caminos, los buscadores de sendas, los sirgueros, los duendes y criaturas del bosque. La Orden publicó una revista llamada *Pine Cone* y se reunía anualmente en un "Folkmoot" (del anglosajón *folc gemot* o "reunión del pueblo"). La unidad de organización era la logia.

A través del conocimiento de los bosques, la teoría evolutiva se aplicaba a la educación. La finalidad de la educación era la auto-realización, y ésta se lograba desdoblado al "Dios doblado" dentro del individuo, a través de su respuesta al Dios Eterno entronizado en el universo. La secuela de la auto-realización implicaba una recapitulación del crecimiento de la raza a partir del Paleolítico. La historia natural, la jardinería y la artesanía permitían que la educación se asociara con la actividad, no con un proceso de abstracción intelectual. El resultado de esa actividad era la caballería, es decir, una forma de "servicio rudo, pero gentil" en el cual el significado de la vida se aprendía a través de la cooperación. La capacidad de expresión estética había de engendrarse al través del ritual, el drama y la ensoñación practicados en torno del antiguo símbolo social del Fuego. El equilibrio y la completud debían asegurarse mediante la educación conjunta de los sexos.

El anarquista romántico compartía su celo en pro de una educación progresiva con los anarquistas racionalistas, pero, por lo demás, las dos formas de doctrina se diferenciaban tajantemente. Antes de entrar a discutir a los racionalistas, podría ser útil indicar una o dos de sus diferencias principales.

Los racionalistas no compartieron el interés romántico por la comunidad. Su principal preocupación consistía más bien en la aplicación de la inteligencia a la solución de problemas sociales y políticos. Asimismo, este énfasis en la racionalidad les incapacitó singularmente para responder al elemento místico de dentro del romanticismo. Opusieron la razón al misticismo en tanto los románticos se ocupaban de oponer lo concreto a lo abstracto.

De este modo, las dos ramas del anarquismo difirieron tajantemente en sus actitudes hacia el nacismo. Unos pocos, de entre los románticos, con su misticismo de la sangre y de la intuición, fueron capaces de simpatizar con algunos aspectos del nacismo, en el que Murry, por ejemplo, vio algo que era más "comunal y creador" que la democracia liberal. Pero, para los racionalistas, el nacismo nunca pudo ser sino una perversión atávica.

Anarcas de la razón. Bertrand Rusell, uno de los más eminentes entre los anarquistas racionales, ha proclamado que él trata de analizar las situaciones políticas como si fueran un problema de lógica simbólica.⁵ Esta

⁵ B. Russell, *Some Psychological Difficulties of Pacifism in Wartime*, un capítulo de *We Did not Fight*, editado por Julian Bell. London, 1935.

declaración es significativa, puesto que ignora el carácter especial de los problemas políticos. La política no es un ejercicio de lógica, sino una disciplina empírica práctica cuya análoga más próxima es la ingeniería. Aunque esta analogía puede desorientar, porque la política implica elecciones y valores, y tiene que ver con lo particular y único más que con lo general.

Esta actitud racionalista no templada por las realidades empíricas dio como resultado lo que puede designarse como la “disociación del intelecto”. Parecía que la inteligencia no tenía nada que ofrecer en términos del siguiente paso que podía darse. Más aún, incluso los análisis actuales eran curiosamente selectivos, si se considera el carácter supuestamente objetivo de la razón. En algunos casos, a las potencias aliadas se les discutía dentro de un marco marxista de referencia, en tanto que a las potencias fascistas se les discutía dentro de un freudiano. La psicología —en todo caso— era delgada y quebradiza, presuponía reacciones simples, reversibles justamente del mismo modo simple, y que hacía llamados morales en términos de consecuencias que ignoraban los elementos no racionales e irracionales de la experiencia. Puesto que probaban de modo suficientemente convincente que los hombres se habían comportado muy mal en el pasado reciente, les parecía lógico argüir que todo pudiera ser diferente ahora. Era igualmente ilógico combinar un realismo cínico en el análisis con un extraordinario idealismo en la prescripción.⁶

El anarquismo racionalista es, en principio, político. No se propone rechazar la política liberal, sino que se empeña en hacerla dirigible por la razón. Esto significa que es muy raro el anarquista racional que sea un pacifista absoluto, ya que su “pacifismo” se basa en un cálculo de las consecuencias. Claro que algunos racionalistas (como Ponsonby) sostenían que las consecuencias de la guerra son siempre más deletéreas que las consecuencias de la paz. Pero, la mayoría de ellos, sostenía que las consecuencias de la guerra son casi siempre peculiarmente desafortunadas. En ciertas circunstancias extremas pudiera no ser éste el caso. De ahí la posibilidad de medias-vueltas violentas en su actitud política. Por estimar las consecuencias de un modo diferente, Bertrand Russell fue “pacifista” en 1936, mientras en 1947 aconsejó a las potencias aliadas que no fueran muy remilgadas en el uso de la bomba.

Los racionalistas proporcionan agudos análisis de los problemas políticos, y los hacen con una brillantez que no muestran los anarquistas románticos. Estos últimos estaban más interesados en hacer exposiciones generales acerca de su posición; pero es de notar la relación entre las consideraciones

⁶ Un ejemplo típico lo proporciona A. A. Milne, *Peace with Honour*. London, 1934.

cuidadosas y específicas de los racionalistas y las respuestas generalizadas de los románticos. Esta relación es muy curiosa y queda indicada muy ampliamente por la conexión de las páginas principal y final del *New Statesman*. Los románticos reaccionaron ante el contenido de lo que hombres como Russell, Kingsley Martin y Noel Brailsford tenían que decir acerca de los problemas políticos ampliamente en términos de estímulos simbólicos. Sobre el supuesto de que hubiese ciertas palabras-clave, los románticos se preocupaban poco por la consistencia de los pronunciamientos de sus héroes cúlcticos.

Conviene ilustrar ahora algunas de las posiciones asumidas por ciertos ejemplares de la posición racional en el periodo crucial comprendido entre 1936 y 1939. Al hacerlo, no tenemos el propósito de ridiculizarlos, pues, en efecto, es mucho muy fácil juzgar con la claridad de la visión retrospectiva y no cuando la situación —como ocurría por entonces— era angustiosamente oscura, torturante hasta la agonía. Sin embargo, la gente a quien esto concierne, hablaba con una confianza característica que nunca le dejó y con una despreocupación por el hecho bruto y por las posibilidades reales, que no pueden dejar de considerarse por debajo de lo notable. Esta despreocupación no aparece tanto en sus análisis como en sus prescripciones, y es esto último lo que es de particular interés. En cuanto a los análisis mismos, fueron formulados frecuentemente, de modo agudo y en la prosa lúcida que parece convenir naturalmente al hombre “racional” Los cuatro escritores por discutir (Brailsford, Russell, Kingsley Martin y Joad) han sido estilistas distinguidos.

Los dos primeros ejemplos proceden de 1936: son, de Bertrand Russell, el *Which Way to Peace?*⁷ y de H. N. Brailsford, *Towards a New League*.⁸ Comenzaremos con el último.

Después de hacer un análisis cuidadoso de la historia de la Liga, Brailsford, en el capítulo tercero de su folleto procede a hacer el “Comentario” Señala que, a pesar de que la Liga había atraído hacia sí una santidad religiosa, esto sólo dio al *statu quo* una nueva rigidez. Dicho de otro modo: la Liga fue la “quinta rueda, falta de funcionamiento” para una historia cuyas fuentes se encuentran en el acuerdo de paz y en las inestabilidades del sistema capitalista con su psicología concomitante. La Liga sólo tuvo poder para crear la inercia pues, por lo demás, nada hizo para tocar las causas de la guerra, que había que encontrar en la presión demográfica, en la rivalidad por los mercados y en el empuje hacia campos exclusivos de inversión de capital. Esto sucedía porque la opinión pública democrá-

⁷ B. Russel. *Which Way to Peace?* London, 1936.

⁸ H. N. Brasilford. *Towards a New Leagul*. London, 1936.

tica había dejado de funcionar en gran parte de Europa, y porque los diplomáticos eran meros agentes de combinaciones y competencias entre los gobiernos soberanos. En manos de estos gobiernos era donde residían las sanciones de la Liga, de modo que ésta podía actuar solamente con las grandes potencias y nunca en su contra. En otras palabras, la Liga era una alianza de Gran Bretaña y Francia que, a su vez, eran las naciones que “tenían”, y esto viciaba la imparcialidad que debería corresponder a una organización internacional.

Sin embargo, como parecía que las alianzas son inevitables, surgía el problema de cómo cambiar la distribución de poder en favor de las naciones “que no tienen”. Una posibilidad, decía, se encuentra en el Gobierno Federal; pero, una reforma en el orden político debe basarse en la reforma económica, para que sea efectiva. De este modo, al lado del gobierno federal, debe de haber una planeación económica, responsable ante una legislatura elegida democráticamente, que asegure a cada nación el pleno acceso a las oportunidades económicas.

Pero ¿qué Estados están listos para el gobierno federal y para la planeación económica? Es concebible que algunos Estados lo están, y podría formarse, con ellos, una Liga Interna. Ninguna nación sería excluida de la Liga Interior, pero algunas se excluirían por sí mismas. Las Américas estarían ausentes a causa de la Doctrina Monroe. Alemania, Italia, Polonia, los Estados Bálticos y los Balcánicos estarían ausentes a causa de su nacionalismo fanático. De un modo parecido, el Austria fascista. Quizás Rusia, España y los países escandinavos pudieran unirse. Francia podría ser incluida en tanto estuviera bajo un gobierno de “Frente Popular” siempre que deseara enfrentar la “revisión” y aceptar un nuevo sistema de defensa común en vez de sus antiguas alianzas. Checoslovaquia era otra posibilidad, siempre y cuando se librara de tres millones de súbditos alemanes. En cuanto a nosotros mismos, esto dependía de si por Gran Bretaña se entendía el imperio capitalista o la isla generosa del Sufragio de la Paz.

Este último problema quedaba por resolver en las urnas. Una vez que la Izquierda había ganado la elección general (en 1940), una alianza de ayuda mutua podría hacerse con Francia y Rusia. Esta alianza no sería, por supuesto, de “los que tenían” contra “los que no tenían”, sino que habría que renunciar al imperialismo y preparar un cambio pacífico. Entonces no había necesidad de estudiar cómo podría ejercer coerción sobre sus miembros, pues ese problema sólo podía surgir en condiciones de soberanía nacional. En todo caso, la lealtad podría asegurarse mediante beneficios mutuos y no mediante sanciones. Conforme más hombres se aproximasen a una igualdad de beneficios, más se podría esperar de la ra-

zón. La igualdad dentro de las naciones y entre ellas, es la base de la paz.

Las prescripciones de Brailsford se basan en un claro compromiso con la izquierda, mientras que las de Russell se ocupan primariamente de las consecuencias de la guerra en términos de ciertos valores. Bertrand Russell rechaza explícitamente la noción de que toda guerra es perversa; “una guerra pequeña, por un gran fin, puede hacer más bien que mal” (página 151). Por tanto, él se concentra en una comparación entre las consecuencias de la guerra y las del pacifismo.

En una guerra, la verdad sería la primera de las pérdidas. Considérese, por ejemplo, la actitud agresivamente unilateral del Partido Laborista frente a Italia, con respecto al problema abisinio, cuando en realidad, el problema concernía a los intereses imperiales británicos. Una guerra significaría el fin de la racionalidad judicial; quienes resistieran a la guerra podían anticipar, confiadamente, la ejecución. Gran Bretaña sería gobernada por una dictadura militar, y las artes y las ciencias sufrirían un colapso en un revolcadero de superstición. La evidencia sobre eso era “abrumadora”. Si Gran Bretaña hubiera de armarse, entonces su gobierno se volvería más perverso, pues la perversidad depende de la oportunidad. En consecuencia, el imperio estaría aún peor gobernado que hasta entonces.

Por otra parte, el pacifismo es sentido común. No puede lograrse al través de los partidos políticos o de cualquier “política difícil, complicada o parcial” (página 221) sino sólo gracias a una creencia decidida y a una convicción personal. El pacifismo debe ser completo pues, de otro modo, no sería efectivo. Los daneses, por ejemplo, no tienen armas e incluso están mejor que nosotros mismos. Deberíamos emular, por tanto, a los daneses: pasar nuestras colonias a una autoridad internacional y ceder Jamaica a Estados Unidos de América. Si Gran Bretaña y Francia se desarmaran, los nazis se verían ridículos y habría “un cambio completo en el carácter del gobierno alemán...” (página 142). “Pensar de otro modo equivale a atribuir al pecado original faltas que son, de hecho, atribuibles al Tratado de Versalles” (página 143). El único obstáculo en nuestro camino está constituido por “el temor, el orgullo y la ambición”. Aún en caso de que el miedo fuese nuestro consejero, deberíamos estar listos para el desarme unilateral.

Russell discernía algunos otros vislumbres de esperanza. Quizás Alemania atacara a Rusia primero y, una vez satisfecha, pudiera sentir poca inclinación a molestar a Gran Bretaña y Francia. En forma alternativa. Estados Unidos de América podrían despertarse para prevenir ulteriores conquistas alemanas.

Nuestros dos ejemplos siguientes datan de 1938 y 1939 respectivamente.

En primer término, debemos ocuparnos de la política del "New Statesman" de Kingsley Martin respecto a las crisis sobre Checoslovaquia de entre mayo y octubre de 1938.⁹ Se recordará que el grupo principal de sostenedores de la Liga y el Partido Laborista oficial deseaban que Gran Bretaña respaldara a Checoslovaquia. Es menos claro que es lo que quería el *New Statesman*.

Kingsley Martin siempre había apoyado el concepto de "seguridad colectiva" desde el ascenso de Hitler al poder. Al mismo tiempo, hablaba de sí como de alguien muy influido por las nociones corrientes de la guerra de resistencia. Su diario señalaba periódicamente, que si el gobierno británico dejara de utilizar el sistema de seguridad colectiva hasta que ya no fuese posible detener al fascismo sin necesidad de recurrir a una guerra en gran escala, entonces los socialistas tendrían que volver a caer en la resistencia bélica.

En mayo de 1938, parecía haber peligro de guerra en Checoslovaquia. Martin había señalado previamente cierta falta de deseo de preservar las fronteras existentes de Checoslovaquia, y declaraba ahora que ninguna "causa" ameritaba una guerra que casi podría destruir la civilización. En todo caso (junio 4), la guerra era un medio ineficaz para combatir ideas y el problema consistía, por tanto, en detener al fascismo sin recurrir a la guerra.

En julio, el *New Statesman* publicó una admonición dirigida a Citrine y al presidente del Partido Laborista, James Walker, por dar la apariencia de que estaban de acuerdo con el "nacionalismo romántico" de Churchill. Por otra parte, Neville Chamberlain fue acusado de no tener, en realidad, ninguna política que no fuera la del "antiguo imperialismo". Estábamos, de hecho, regresando a las alianzas, y éstas conducirían a la guerra. Siguiendo las recomendaciones de Brailsford, el *New Statesman* sugería que los países democráticos deberían de unirse económica y estratégicamente no con la idea de cercar a Alemania, sino con objeto de construir un área de satisfacción económica. Al pueblo alemán se le debería de decir, pasando por encima de Hitler, que estábamos dispuestos a compartir con él ciertas ventajas imperiales. El 23 de julio urgía que se hicieran concesiones razonables a Alemania y, asimismo, lanzaba un llamado de atención en el sentido de que la guerra continuaría si Hitler seguía yendo hacia los extremos. Gran Bretaña no podía ser socio voluntario en la destrucción de Checoslovaquia. El 30 de julio, sin embargo, el *New Statesman* aprobó la Misión Rúnciman.

⁹ Esta sección debe mucho a S. Davis: *The British Labour Party and British Foreign Policy 1933-1939*" (tesis doctoral, Londres, 1950).

El 6 de agosto, *Critic* comentaba “la vieja ilusión de que las armas poderosas y la oposición colectiva significan la paz...” Dos semanas después, su diario urgía a Gran Bretaña para que dijera a Alemania que el llamado de atención en contra de la agresión, emitido en mayo, se aplicaba igualmente en agosto y en septiembre. Sin embargo, hacia agosto 27, cuando la crisis se estaba acelerando, el *New Statesman* apoyó el apaciguamiento, anticipándose al *Times* en diez días. Si la Comisión Rún-ciman informara que era imposible una solución interna, se debería de tratar de resolver inmediatamente el problema de la revisión fronteriza. Rusia estaba demasiado lejos para ayudar, y Francia no haría honor a sus compromisos. El problema real se encontraba en España. Palabras duras para Mussolini y armas para España podrían “fortalecer las esperanzas de paz en Europa Central”.

El 17 de septiembre, inmediatamente después de la reunión de Chamberlain y Hitler en Berchtesgaden, el *New Statesman* censuró a la mayoría de los periódicos por dar buena acogida al vuelo del primer ministro, en cuanto esto demostraba que no tenían conciencia de que podría resultar un nuevo pacto Hoare-Laval. Se resignaba a un acuerdo alemán, pero deseaba que éste fuera respaldado por una garantía conjunta de todas las potencias para Checoslovaquia. Sin embargo, el 24 de septiembre se burlaba del plan anglo-francés para un acuerdo con Alemania, que había sido, substancialmente, su propia política, y se mofaba frente a las garantías que había sugerido solamente la semana anterior.

El 1º de octubre, cuando todavía no terminaban las conversaciones de Munich, el *New Statesman* dejó caer acusaciones en el sentido de que Chamberlain estaba traicionando a Checoslovaquia. *Critic* dijo que todos sabían que la guerra no resolvería nada. Se atrevía a esperar otro respiro y, por tanto, otra oportunidad de evitar la catástrofe final. Sin embargo, una vez que se logró el respiro, el *New Statesman* (de octubre 8) declaró que la firmeza de parte de Gran Bretaña, Francia y Rusia hubiera evitado la guerra con consecuencias menos devastadoras para Checoslovaquia. Pintaba Hitler como a alguien que en casa se enfrentaba con la resistencia a la guerra; a Mussolini como a alguien que conducía a una nación renuente y al público británico como listo para la guerra. Sin embargo, apenas la semana anterior, había descrito la “consternación” y la “náusea” del público británico respecto de la posibilidad de guerra. Hacia el 5 de noviembre, el *New Statesman* decía de la crisis de septiembre: “Los checos han sido traicionados.”

Finalmente, nos ocuparemos de las prescripciones del profesor Joad, tal

y como se encuentran registradas en *Why War?*, publicado en 1939.¹⁰ CEM Joad era un pacifista de izquierda que basaba su posición en consideraciones de prudencia racional. En un tiempo, había apoyado a la Liga, pero, gradualmente, llegó a reconocer en ella un simple instrumento de la política franco-británica. Al mismo tiempo, rechaza la noción de Brailsford de un grupo de potencias federalistas, en cuanto la consideraba una versión disfrazada de las alianzas y del equilibrio del poder. La liga actual era un sindicato de ladrones escaladores que se habían vuelto respetables (página 177). Joad podía apoyar sólo una Liga genuina y, de este modo, sus prescripciones giraban en torno de la necesidad de reformar las organizaciones internacionales.

Para la opinión de Joad, una Liga reformada no consistiría en personas designadas por los gobiernos, que abogaran por intereses nacionales. Estaría constituida por un conjunto de personas designadas por los pueblos, reunidas en un Parlamento Federal y elegidas sin tomar en consideración las fronteras o la soberanía nacionales. Cada uno de los Estados debía de renunciar al derecho de separarse de las obligaciones impuestas por su afiliación y de rechazar decisiones con las que no estuviera de acuerdo. En esta forma, una acción decisiva podría reemplazar a la interminable transacción y llegaría a posibilitarse el establecimiento de una Corte de Justicia Internacional completa, con una fuerza policiaca armada.

Joad se parece a Russell en su análisis psicológico de la mentalidad bélica. En efecto, tiende explícitamente a subordinar las causas económicas a las causas psicológicas, de modo que la demanda de colonias la ve, básicamente, como un problema de prestigio y no como uno de materias primas. El marco de la explicación es, simplemente, uno de frustración y agresión. Versalles enredó a Alemania en una red de frustraciones de las que deriva su presente neurosis. Si las potencias occidentales se aliaran en contra de ella, esto sólo confirmaría el despotismo militar en el poder. Por otra parte, si se remueven los motivos de queja, la justicia y la libertad se afirmarán por sí mismas. Conforme más triunfe Alemania, se sentirá menos humillada y su agresión disminuirá en el mismo grado. Así, en vez de responder a las amenazas cediendo terreno pulgada a pulgada, deberíamos planear nuestras concesiones, con tiempo, para mostrar que las mismas responden a la lógica. De este modo, las concesiones nos traerían crédito. Más aún, existiría la ventaja adicional de que las naciones pequeñas ya no conservarían más "expectativas injustificables por lo que se refiere a la acción que realizaríamos nosotros en su favor" (página 192).

¹⁰ CEM Joad. *Why War?* Harmondsworth, 1939.

Las causas económicas no se descuidan. Cada mandato colonial debería ser compartido por varios países. Alemania entre ellos. Se debería convocar a una conferencia mundial, para tratar de la inequitativa distribución de territorios y de materias primas. El siguiente paso consistiría en convertir al imperio en un área de libre comercio y anuncia que no sería defendido por la fuerza. El dinero que así se ahorrara podría usarse para proporcionar empleo alternativo a la industria de las armas y para establecer una atmósfera de buena voluntad. Si, a pesar de estos arreglos, los dictadores rompieran sus acuerdos, entonces la opinión moral del mundo estaría en contra de ellos. Esta opinión moral es más poderosa de lo que pensamos, particularmente en Estados Unidos de América, donde ha sido capaz de transmutarse en fusiles en el curso de la gran guerra.

El desarme es —decía— un gesto que rompe el círculo vicioso del odio y la suspicacia. Debe ser completo, pues, en otra forma, deja de ser efectivo. Organizar la defensa sólo sería locura. Si estamos indefensos, la guerra queda prevenida desde el principio. Quizás seamos invadidos, pero, al menos, no es probable que seamos bombardeados.

Una interpretación. Queda por intentar alguna interpretación del pacifismo dentro del estrato intelectual de la clase media durante la década que siguió a 1928 o durante un periodo un poco más largo.

En forma preliminar, hay que señalar dos puntos. En primer término, el pacifismo y el marxismo aparecen dentro del mismo medio cultural, como dos respuestas principales íntegramente relacionadas, frente a la misma situación. Por supuesto, no quiere esto decir que todos, o incluso la mayoría de los intelectuales, fuesen o pacifistas o marxistas en el periodo interbélico. Lo que importa es que ambas doctrinas poseyeron un atractivo fuerte y creciente.

En segundo término, el pacifismo de los intelectuales es interesante por ser nuevo. El pacifismo puede ignorarse cuando ya posee una historia institucional, a menos que haya un reclutamiento significativo desde fuera de las instituciones correspondientes. Así, el testimonio de la paz de la Sociedad de Amigos interesa sólo como un ejemplo de conservación institucional, en tanto que los reclutamientos del exterior son relevantes en términos de las motivaciones contemporáneas. Asimismo, ciertas fuentes institucionales de la doctrina liberal pacífica, como las iglesias libres y el Partido Laborista, pueden hacerse a un lado para los propósitos actuales, excepto en el grado en que los intelectuales de clase media dentro de esas instituciones se orientaron en una dirección estrictamente pacifista. Puestas de lado las instituciones, es claro que el pacifismo —junto con el mar-

xismo— es peculiarmente característico del estrato intelectual de la clase media inglesa en el periodo que revisamos. Hay ciertas excepciones a esta afirmación, referentes al “derrotismo revolucionario” de la clase trabajadora escoto-irlandesa y de la clase trabajadora galesa, pero esto no invalida el argumento.

¿Por qué surge un movimiento pacifista como fuerza creciente hacia 1928 y gana una fuerza considerable en los años de 1933 y 1935? Si respondemos de modo muy simple, la respuesta podría ser que ha habido, después de todo, una guerra de carácter espantoso, en la que parte de una generación fue exterminada. Tan pronto como la escena internacional empezó a oscurecerse a fines de la tercera década, naturalmente se encuentran ampliamente difundidos, los primeros signos de desilusión. Nuevamente en 1933, cuando la Conferencia del Desarme había fracasado y Hitler había llegado al poder, la situación se volvió mucho más positivamente amenazadora. En forma muy clara, los miembros más sensibles y alertados de la nación rehusaron apoyar una repetición del idealismo mal empleado, la propaganda rastrea y las despilfarrantes obscenidades de la primera guerra mundial. Ellos creían, por convicción que se ahondaba, que la generación más vieja (y, en particular, los políticos) les habían dejado caer. La democracia liberal ya no parecía capaz de enfrentar victoriosamente sus problemas internos y externos. Puesto que los “políticos”, en el viejo sentido, habían fracasado, los hombres sensibles se volvían ya hacia la doctrina apolítica del pacifismo o, ya en el caso del marxismo, hacia una doctrina política que prometía que pondría fin a la política.

Tal análisis es menos falso que insuficiente. Es importante que se conforma con un rasgo normal en la génesis del sectarismo en el grado en que se abría una solución de continuidad entre las expectativas y las realidades. La frustración dependía, en parte, del nivel de anticipación. Pero no basta observar que los “shogunes” o generalazos parlamentarios embaucaron a la *intelligentsia* liberal con expectativas completamente irreales; lo que importa es que fueron capaces de hacerlo. El optimismo de los liberales era tal que sólo eran capaces de pelear esa guerra en caso de que pareciese ser un medio por el cual podían realizarse todos los sueños de Wells sobre un nuevo orden mundial. Gracias a que ya existía optimismo, se pudieron hacer surgir expectativas ideales, y fue en estas circunstancias como llegó a ser tan extremada la desilusión producida por la depresión y por las renovadas perspectivas bélicas.

De esta guisa, vale la pena examinar la tradición liberal preexistente, porque sus énfasis pudieron fácilmente —bajo condiciones de shock agu-

do— trasmutarse en el pacifismo y el marxismo. Un optimismo calificado llegó a convertirse en una combinación de optimismo fantástico y de fantástico pesimismo, lo cual es característico de la tendencia sectaria. Los marxistas eran tan completamente pesimistas acerca del presente, como optimistas acerca del futuro. La opinión pacifista se componía igualmente de pesimismo y optimismo. Eran tan nebulosos sus análisis como irreales sus prescripciones. La transición de lo uno a lo otro, psicológicamente comprensible, desde el punto de vista lógico resulta muy curiosa, particularmente en cuanto afectó a quienes tenían un entrenamiento de carácter lógico, racional.

La tradición liberal proporcionó un punto de partida tanto para el marxismo como para el pacifismo, en otro sentido. Una plataforma central en su aspecto de optimismo calificado era la eficacia social de la razón y de la moralidad. Sobre el supuesto de que la verdad se expandiera correctamente, los hombres responderían reconociendo sus intereses comunes. Esta opinión consideraba que existía cierta dialéctica entre la razón y la realidad social. Pero, en cuanto la razón parecía haber fracasado, los marxistas intentaron darle validez en la acción, mientras que los pacifistas creían que la razón era su propia validación. En otras palabras, el pacifista pensó que era posible predicarle al mundo un sermón que convertiría el corazón pétreo de la diplomacia internacional. Si eso fracasaba, seguiría existiendo el martirio, pero ese martirio seguía concibiéndose en forma optimista. Se podía subir a una cruz, pero, por lo general, se tenía cierta seguridad o esperanza de resurrección. Sin embargo, en total, no había necesidad de imaginar un alto nivel de desagrado. Sobre la base de que se mostrara disposición para el martirio (una capacidad para hacer, por lo menos, el gesto correspondiente) el mundo podría quedar impresionado y las cosas quizás no necesitaran ser muy diferentes, después de todo. Si a los alemanes se les ofreciera té en Dover y a los japoneses se les permitiese entrar a Australia, quizás todo estaría bien.

El trasfondo liberal era relevante en otros aspectos, especialmente por lo que se refiere a su contenido positivo y a sus esponsales con la ciencia. El contenido positivo aseguraba que el intenso activismo de la cuarta década se refiriera al tipo de metas concretas que se encuentran en el programa marxista. En forma semejante, la posibilidad alterna de rechazo siempre se realizó dentro del contexto de ideas progresivas. En otra situación—como, por ejemplo, en la Rusia prerrevolucionaria— se podría encontrar una tendencia mucho mayor hacia el nihilismo, hacia el escepticismo total. Los esponsales con la ciencia constituían un elemento particularmente atrac-

tivo dentro del marxismo. No sólo congeniaba con él en cuanto pedía la aplicación de la ciencia a los asuntos humanos, sino que ofrecía un mundo social en el cual se reconocería la posición de los científicos. Comparado con el marxismo, el credo pacifista tenía relativamente poco que ofrecer. Es fácil concebir que los científicos que adoptaron creencias pacifistas fueran quienes más se inclinaban hacia el cristianismo.

Si bien fueron más los científicos atraídos hacia el marxismo que hacia el pacifismo, los ideólogos del movimiento pacifista, con todo, usaron argumentos derivados de la ciencia. Mostraban especial adhesión al empleo de una combinación de la teoría evolucionista con la reciente psicología. La última era particularmente importante, en cuanto proporcionaba bases para una clase de educación progresiva que eliminaría el impulso hacia la violencia. La atmósfera intelectual de periodo interbélico es ciertamente, tanto un caso interesante del uso ideológico de la ciencia, como lo es de las proclividades ideológicas y de los intereses de los científicos. Justamente en la misma forma en que a algunos pensadores del siglo XIX les fue posible extraer implicaciones optimistas de las teorías de Darwin, algunos pensadores del siglo XX fueron capaces de sacar de Freud implicaciones optimistas, aunque a ambos se les puede considerar fácilmente como proveedores de una documentación más precisa sobre el pecado original.

Como se ha sugerido ya, tanto los liberales como los anarquistas románticos enfrentaban una crisis de identidad social que se ahondaba por la necesidad de encontrar respuesta a los problemas planteados por la violencia interna y externa. La crisis, dentro del estrato intelectual, corroboraba la crisis en los asuntos mundiales. Más aún, el meollo del problema estaba en algo con respecto a lo cual la conciencia de la clase media ya era más sensitiva que cualquier otra. La razón y la cristiandad estaban unidas en cuanto a que esa guerra, en principio, era mala y estúpida. La situación de los intelectuales era, así, de extrema dificultad, y la aparente confianza de sus variadas respuestas puede haber sido tanto una reflexión sobre la dificultad, como algo debido a la arrogancia intelectual.

Había dos posibilidades. Podían aceptar la guerra de clases como una purga necesaria previa a la paz universal, y esta opción les permitiría lograr tanto identificación social como sentimiento de comunidad, al sumergirse ellos en la violencia correcta del proletariado. O podían retener una identidad separada y rechazar totalmente la violencia. Estas no eran las únicas opciones de que, de hecho, podía disponerse, pero ésta es la clase de dilema que ellos parecen haber confrontado.

Es en este punto en el que el análisis de Christopher Claudwell puede tener alguna importancia,¹¹ Claudwell mismo eligió la senda marxista y, para él, los protagonistas burgueses del pacifismo rehusaron simplemente admitir la violencia debida del proletariado o enfrentar la violencia del sistema capitalista en el cual ellos mismos estaban implicados de modo inevitable. Entonces, retados a declararse a sí mismos por Armageddon, se concentraron en salvar sus “almas” (y su “integridad”) en una forma típicamente protestante-burguesa.

Sin embargo, ellos fueron —con todo— accesorios de la violencia. Las relaciones económicas y sociales en que estaban envueltos eran implícita y potencialmente violentas. El mismo Estado burgués era una máquina de violencia. En tanto que los marxistas aceptaban su responsabilidad, los pacifistas se volvían hacia la resistencia pasiva en cuanto apología del viejo programa. Habiendo desertado de cualquier otra norma moral (y, en esto, Claudwell está de acuerdo con Orwell) adoptaron el pacifismo como una versión “última-zanja” de la moralidad burguesa. Era la política del conejo enfrentado con el destino capitalista.

Con todo, sea cual fuera la senda que tomaran, su individualismo se mantenía. Eran apuestas pobres, incluso en cuanto reclutas del marxismo, particularmente cuando éste representaba poco más que un entusiasmo juvenil adolescente. Seguía existiendo en ellos la facultad crítica, aunque estuviese adormecida. La lábil psicología del intelectual siempre le convirtió en objeto de sospecha dentro del Partido Comunista. Y si esa lábil psicología afectó incluso a una institución operante como el Partido Comunista, cuánto más no afectaría a las débiles capillistas del pacifismo. El “Ejército de Paz” de yogis entrenados nunca materializó. La oportunidad para una *satyagraha* corporada no llegó nunca. En tanto que muchos marxistas permanecieron fieles hasta las revelaciones de Jrushov y el episodio húngaro, los pacifistas difícilmente permanecieron tanto.

Era, en todo caso, muy difícil erigir una organización operante sobre la base de una negativa. Las continuas conferencias sobre la no violencia suscitaban tanto interés como las continuas celebraciones de la forma en que el proletariado ganó la revolución. Así, muchos pacifistas se alejaron al principiar la guerra. Otros partieron con la crisis de 1940. Por otra parte, la tendencia a defecionar era contrabalanceada por un potencial continuo, dentro del estrato intelectual, en cuanto a revertir hacia actitudes semejantes. Como ocurría con el partido comunista era considerable el cambio de personal.

¹¹ C. Claudwell. *Studies in a Dying Culture*, London, 1938.

Muchos pacifistas de la primera guerra mundial favorecían ahora la lucha. Figuras arquetípicas de la cuarta década —Joad y Middleton Murry— son quizás las que mejor señalen la curva descendente de la psicología pacifista. Joad repudió su pacifismo y fue recibido por la iglesia de Inglaterra. Middleton Murry, que originalmente había deseado entrar en la iglesia como literato pacifista, llegó a encontrar el “cuerpo de Cristo” en la tela ordinaria de la democracia liberal carente de dramatismo. Hacia 1950 votaba como conservador.